

tasio Bustamante al tomar posesión de la presidencia dos meses después de la llegada de Santa Anna al país, ¿por qué no lo mandó encausar?

El general Don Antonio Bustamante era verdaderamente valiente, enérgico, sanguinario, despótico y llegaba hasta á combinar y ordenar el asesinato para deshacerse de un rival ó de un enemigo temible como lo hizo con el general Guerrero. El general Bustamante conocía bien la historia de Santa Anna, especialista en *cuartelazos* contra todos los gobiernos, á favor ó en contra de cualquier principio ó partido político; sabía que no tenía escrúpulos como Guerrero y que tenía aun gran partido en el ejército. Por otra parte no necesitaba Bustamante para librarse de un rival temible, más que dejar caer el peso de la ley y de la prensa oficial é independiente sobre Santa Anna para aplastarlo hasta la pulverización. Santa Anna en 1832, había derrocado á Bustamante para ocupar su lugar; la venganza para Bustamante se confundía con la justicia, su ambición con la ley, su conveniencia personal con el patriotismo, su salvación como gobernante con la del honor nacional. ¿Por qué Bustamante dejó impune á su enemigo, al de su partido, al de sus principios, al de la paz pública, al de la patria?

Sólo un gran poder tenía fuerzas para contener á Bustamante obligado por sus deberes nobles po-

líticos y por la ley de propia conservación á destruir á Santa Anna. ¿Qué poder pudo ser? ¿El ejército? En ese momento era favorable á Bustamante. He dicho que en el sistema pretoriano hay siempre unos cuantos meses de luna de miel, entre los pretorianos y el caudillo postor, mientras aquéllos aprecian si se les ha pagado el precio de la silla presidencial rematada. El gran poder que obligó á Bustamante á no hacer justicia no puede haber sido más que el clero.

El clero era hábil, estimaba á Bustamante y despreciaba á Santa Anna, pero conocía que el primer lugar y la afeción de un ejército corrompido tenían que ser tarde ó temprano para Santa Anna. Le debía además un gran servicio; el golpe de Estado de 1834 había sido, como lo dijeron los periódicos clericales, su Carlomagno. *Pagar es corresponder* y á Santa Anna debía concederle por lo menos Bustamante la tranquilidad en la vida privada. Esta grave falta tenía que costarle muy caro á la nación, al partido conservador y particularmente á Bustamante.

Al llegar la cuestión con Francia, el partido santanista se puso naturalmente del lado de la opinión pública aun cuando la creyera absurda, suicida y estúpida; era una oportunidad brillante para *repopularizar* á Santa Anna. Bustamante no podía hacer lo mismo porque el gobierno responde con

su existencia del fracaso de su política sobre todo tratándose de guerra extranjera, mientras las oposiciones aconsejan guerras insensatas para adquirir popularidad inmensa cuando el país es insensato; y á la hora de las derrotas, no afrontan la responsabilidad de haber impuesto la guerra sino que se salvan culpando al gobierno por esas derrotas. Un gobierno aun cuando en tiempo de paz sea fuerte, en tiempo de guerra extranjera es siempre débil: las oposiciones administran *cantáridas* á la vanidad populachera, las frases de « honor ultrajado », « dignidad remolida por el oprobio », « independencia amenazada » « esclavitud segura », « doncellas deshonradas por la soldadesca », « hogares incendiados », y calamidades de todo género; resuenan á los oídos de las multitudes á las que se quiere excitar y enloquecer. El pueblo ve entonces en las oposiciones á sus verdaderos pastores y consejeros y les da todo su apoyo para que lo lleven á la catástrofe y á la deshonra y cuando estos azotes se hacen bien sentir, entonces el gobierno aparece denunciado por no haber sabido usar de los incommensurables elementos de patriotismo, valor, abnegación, sacrificio, recursos, que ponía á su disposición un pueblo nacido para vencer y que sólo un gobierno torpe y traidor pudo haberlo llevado á la desgracia. Este fué el papel desempeñado por el partido santanista en 1838. El par-

tido federalista había entrado en relaciones amistosas con el enemigo, mayor razón para que los santanistas se mostrasen inexorables.

*
**

En páginas anteriores y por documentos oficiales de innegable autenticidad he probado que la fracción conservadora seria, ilustrada, decente, principista, doctrinaria y patriota, comprendiendo que la guerra con Francia sólo podía ocasionarnos calamidades de todo género; dió instrucciones al general Rincón, jefe de las plazas de Veracruz y Ulúa para que á todo trance evitara irritar á Francia para que esta potencia no continuase sus hostilidades que nos era imposible devolver ni reprimir. Esto no era cobardía sino sensatez; verdadero patriotismo; necesidad indeclinable de nuestro enfermizo y decadente estado social. No era pues el gobierno el que quería la guerra, tampoco los federalistas; eran los santanistas, los que veían en un conflicto de armas con cualquiera nación el único medio de resucitar á su *hombre* y que volviese al poder, y su cálculo era malvado, pero justo, infalible aplicado á la ignorancia y vanidad de un pueblo poco civilizado. Cuando un pueblo tiene vanidad de mujer tonta y educación romántica, es el esclavo fiel del más cómico para engañarlo con necias li-

sonjas. El estado de nuestras plebes las entregaba á la voracidad infamante de Santa Anna.

Después de siete meses de bloqueo los diputados adictos á Bustamante que lo era la mayoría, sintieron la necesidad de las concesiones y de ir á la paz, pues la miseria en el gobierno y en todas partes se hacía sentir con siniestra intensidad.

El último *ultimátum*, el de Jalapa fué presentado por Don José Joaquín Pesado á la Cámara pidiéndole su opinión. En Marzo de 1838 la Cámara había resuelto ir á la guerra por considerar inaceptables las pretensiones de Francia relativas á los préstamos forzosos y al comercio al menudeo, era inútil que el Ejecutivo consultase á la Cámara lo que debía hacer, si las mismas pretensiones consideradas exorbitantes subsistían. El paso del Ejecutivo consultando sobre lo ya resuelto, prueba su deseo de que se cambiara esa resolución ó lo que es lo mismo, de ir á la paz, pero los santanistas contestaron á Pesado que la Cámara no era un cuerpo consultivo sino deliberante. Pesado entonces solicitó que se levantara la sesión para consultar á los diputados en particular, lo que le fué concedido, obteniendo como resultado de su consulta, la convicción de que el Congreso estaba empeñado en la guerra. Y sin embargo la mayoría era adicta á Bustamante.

Este hecho lo explica satisfactoriamente Don

Carlos María Bustamante : « Después de todo lo referido debe usted saber que la respuesta de la Cámara á la consulta que le hizo verbalmente el Ministro Pesado, libró entonces á México *de una revolución ya preparada para el caso de que el gobierno cediese en lo más mínimo á las pretensiones del enviado francés*. Veíanse en los corredores de Palacio aquella noche grandes grupos de hombres embozados en sus capas, pero bien armados y decididos á ejecutar horribles atentados. Uno de estos desconocidos dijo al entrar un diputado á la Cámara : « Sepa usted que todos perecen si no se niegan á las pretensiones de los franceses (1). »

Esta presión siniestra y revolucionaria sobre la Cámara y el Presidente no podía ser espontánea y popular. La acción popular, espontánea, libre, entusiasta, es siempre franca, escandalosa, tumultuosa, rugiente, desbordante, arrolladora. Los hombres embozados en sus capas muy bien armados, representaban una acción organizada, cautelosa, política, misteriosa, eran los agentes de un partido ó facción. ¿De qué partido?

No podía pertenecer al partido federalista cuya prensa hacía meses que había depuesto su actitud hostil contra Francia y cuyos *leaders* mantenían

(1) Carlos María Bustamante, *El gobierno de Bustamante y Santa Anna*, pág. 118.

relaciones amistosas con el contraalmirante Baudin; no podían ser agentes del partido moderado opuesto á la guerra y cuya conducta siempre se ajustó á su denominación de moderado; menos podían ser agentes del presidente Bustamante; luego forzosamente eran agentes santanistas; militares dentro ó fuera del ejército que veían en la guerra un refectorio para su hambre, una venganza para saldar un desaire, una esperanza para ascender, un abrigo contra la miseria, una gotera por donde caerle al presupuesto. El partido santanista veía en la guerra la resurrección única posible de su jefe.

Una vez impuesta al presidente Bustamante la obligación de continuar la guerra rehusando las condiciones del *ultimátum* de Jalapa; es erróneo arrojar la culpa de tan criminal intransigencia sobre las mezquinas miras, la intolerancia, la terquedad, la inercia, la incapacidad, la torpeza y demás cosas que han atribuído al Sr. Luis G. Cuevas, nuestros historiadores más sensatos. Si del bloqueo fué necesario pasar á los vergonzosos actos militares de Ulúa y Veracruz, fué por la decisión del partido santanista dominante en el ejército, en el famelismo decente dedicado á buscar su cocina en el presupuesto de un nuevo gobierno, en los hombres de negocios malos de agio que eran los únicos posibles; en las plebes á quienes se les

había inculcado la creencia de que Santa Anna era el primer capitán del mundo. En una palabra Santa Anna era el candidato de una oposición contra un gobierno que no había podido pagar al ejército, al hambre, al agio y á toda clase de corrupciones políticas, el precio convenido por el poder público. Don Luis G. Cuevas es tan culpable de la tragedia de San Juan de Ulúa como yo.

*
**

Consumada la cobardía de entregar la fortaleza de Ulúa, el enemigo la ocupó inmediatamente y con este solo hecho, la plaza de Veracruz se convirtió en indefendible. El general Rincón comunicó al gobierno lo acaecido.

En la ciudad de México la emoción fué profunda y la mayoría de los periódicos copiando la apreciación de la *Lima* escribieron: « *Ulúa no ha sido tomada con balas de plomo, sino con balas de plata.* » Sólo la traición por compra del jefe ó jefes podía explicar al público la capitulación de la fortaleza. La minoría de la prensa atribuyó el fracaso á cobardía de los generales Rincón y Gaona.

El gobierno complaciente con la opinión como todo gobierno débil, comenzó por declarar la capitulación de Ulúa y el convenio adyacente que neutralizaba la ciudad de Veracruz *indecorosos* y

en consecuencia los reprobó, ordenando á los generales Rincón y Gaona pasasen á la capital de la república para responder de su conducta ante un consejo de guerra. Hasta aquí la resolución del presidente Bustamante era conforme á la moral, al honor de la nación, á la disciplina del ejército y á la verdad histórica. Pero en vez de detenerse el gobierno en la resolución expresada fué más adelante impulsado ó más bien acosado y oprimido por el partido santanista; ordenó que la plaza de Veracruz fuese defendida y que se encargara la defensa al general traidor y cobarde de Texas, Don Antonio López de Santa Anna.

La vanidad pública tomando el traje de gala y suntuoso del patriotismo hizo explosión. ¿Se necesitaba urgentemente un vengador? No, lo que se necesitaba era juicio, verdadero patriotismo y conciencia de la situación, pero no había de eso en aquel tiempo y se proclamó una guerra á muerte, eterna, sanguinaria contra Francia. Don Miguel Lerdo de Tejada (1) asegura que el patriotismo como siempre no pasó de palabras y que lo más que se consiguió fué la organización de un batallón de jóvenes decentes decididos á no salir á campaña y los recursos escasos que produjeron la representación de una comedia y otras diversiones

(1) *Apuntes históricos de Veracruz*, tomo II, pág. 414.

públicas como peleas de gallos, toros, maromas, etc. Es curioso que cuando á un pueblo se le supone entregado á un gran dolor por alguna catástrofe nacional, se recurra á divertirlo para sacarle algún dinero.

Santa Anna fué designado como el vengador por la opinión, es decir, por su partido. Siempre en los países donde no existe nación política la facción de oposición es la nación y el gobierno un tirano fuera de la nación porque siempre la ha de tener en frente. El Ejecutivo al dar cuenta á la Cámara del nombramiento de Santa Anna para que defendiese á Veracruz en sustitución del General Rincón, creyó que tal nombramiento iba á disgustar á la parte sana no política del país, pero se llevó un gran chasco, según Don Carlos María Bustamante: « Después, dijo (el Ministro Pesado) en el congreso, que el presidente había nombrado para que sucediera al general Rincón... al general.... al general y comenzó mi hombre á tragar camote, hasta que dijo: Don Antonio López de Santa Anna. Entonces se oyeron muy grandes aplausos diciendo: ¡A ése queremos! ¡ése es el salvador de la patria (1)! »

(1) Carlos María Bustamante, *El gobierno de Bustamante y Santa Anna*, 135.

*
**

Santa Anna escogiendo ese momento para reaparecer en la escena militar se había presentado al general Rincón en Veracruz ofreciéndole sus servicios, á las nueve de la noche; cuando ya el ataque contra Ulúa había terminado. Santa Anna pudo aparecer antes del ataque y haber ofrecido defender la fortaleza, pero probablemente pensó que con facilidad podía ser matado y la patria quedaría *sin su salvador*. Una vez desmoralizados, Gaona, Rincón y todos los jefes sin excepción, pues no hubo uno que pensara como el general Mangin y lord Wellington y que dijera : « *esta fortaleza es defendible* », el honor y la ley nos ordenan esperar el asalto », era cuando Santa Anna, como ya lo indiqué, tuvo la oportunidad de obtener ardiente noche de bodas con la gloria y probar á la patria que la cobardía de Texas no había sido más que una pasajera aunque profunda afección cerebral, para lo cual bastaba decir « *defiendo la fortaleza y el que tenga honor sígame* ».

Tres culpables aparecen en la cobarde capitulación de Ulúa; Gaona, Rincón y Santa Anna; pero el más culpable era Santa Anna porque su voto era decisivo, tenía autoridad irresistible, valía una orden. Nadie puede poner en duda que si Santa

Anna, hubiera dicho : « Esta fortaleza es defendible, es una deshonra entregarla sin esperar el asalto y es posible y bien probable triunfar del asalto (1), » ni Gaona ni Rincón se hubieran atrevido á capitular y la fortaleza se habría defendido.

En la ciudad de México los políticos conocían la conducta de Santa Anna respecto de la capitulación pues el general Rincón en su parte oficial fechado el 28 de Noviembre de 1838, dice al gobierno :

« Con tal documento á la vista (el acta de la Junta de Guerra que decidió la vergonzosa capitulación de Ulúa) se me presentaron dos oficiales de la escuadra francesa trayendo unas proposiciones de arreglo relativas á esta plaza. En vista de todo reuní en junta de guerra á los señores jefes y oficiales de esta guarnición con asistencia del Excmo (no había dejado de ser Excmo. después de lo de Texas) Sr. general Don Antonio López de Santa Anna y resultando que opinaron por un acomodamiento todos los señores y jefes que suscribieron »... Santa Anna no suscribió por no tener mando, pero opinó por el acomodamiento y aprobó la capitulación de Ulúa, apoyando á Gaona.

Este documento prueba que el primer servicio que hizo Santa Anna á la nación fué dar su apro-

(1) Carlos Maria Bustamante, *obra citada*, pág. 138.